

EN TORNO A UNA IDEA

Bien poco podría decirse de la muerte de un ser vivo, particularmente la de un hombre si la consideramos sólo como una idea; y si, además, tomamos por idea aquel residuo mental simultáneo o consecuente de una percepción. En tal supuesto la idea de la muerte es sólo el hecho del fallecimiento de otro ser vivo, de un hombre y la de sí mismo, un pensamiento construido por analogía sobre la base de aquella experiencia.

Esto es lo que aproximadamente se figura el epicúreo y de donde toma pie aquella su vitalmente insincera razón del absurdo de temer a la muerte. Si es una idea y nada más por propia definición carece de objeto adecuado, pues no se puede idear lo que no es. En la idea de la muerte sólo es real la vida, a la cual se le sustraen atributos hasta dejar el hueco de su ausencia, un vacío o vano de la realidad que es una ficción, el espectro impensable del no ser. La muerte, sombra que sigue nuestros pasos y que nadie puede vencer de su adherencia a la vida para contemplarla cara a cara.

Razón insincera, porque qué más quisiera sino ganar la adhesión de la vida a esa suerte de inmortalidad que ofrecen las ideas, escamoteando la otra para la cual no hay remisión en el pensamiento? Racionalismo puro, del que no fue dicho que filosofar es prepararse para la muerte. Por qué?

Cuando Platón pone en labios de Sócrates parecida sentencia ataca una nota poco frecuente en el registro de las voces griegas. Es un baluceo que surge quizá del Oriente, de los misterios órficos y del pitagorismo.

Está bien establecido que un ateniense, llámese Alcibiades o Aristóteles, sólo se siente a gusto en el cuerpo de la "ciudad", metido en su propia carne. Una y otra son indivisibles del pensamiento y consueñan con el logos, la razón, al unísono. Por esto la virtud y entre ellas la suprema, es uno y el mismo temple de la "polis", del cuerpo

y de la sabiduría. De donde morir es quedar segregado de esta comunidad de nacimiento, de naturaleza y de lenguaje o de razones.

No había dicho Heráclito que el hombre en la vigilia vive en un mundo común y cuando sueña vuelve al suyo propio? Soñar es aquí sinónimo de morir, mientras que la vida significa las murallas en que se hace fuerte la ciudad o la sabiduría, logos o razón.

Pues bien, es de creerse que no es en este sentido —y sí lo es para el epicúreo— en que Sócrates afirma que filosofar es prepararse a morir. Muerte de esa manera es la segregación del cuerpo político, el ostracismo, al cual se rehusa el reo no obstante las solicitudes de sus amigos. No la filosofía, sino sus discípulos lo intentan persuadir de esa manera de muerte que rechaza. Por tanto, aquella a que alude es otra, como lo es la experiencia de donde nace su sabiduría.

A la base de la filosofía platónica está un sentimiento de sí mismo, del individuo, que no encontrará su maduración sino con el cristianismo, pero que preludian ya aquellas palabras y esa última representación de la vida de Sócrates. Una manera de sentirse dividido, partido en dos y en que sin embargo subsiste un potente y renovado anhelo de fundirse de nuevo en la unidad. Por una parte las solicitudes de los sentidos y de las pasiones, mientras que por la otra una comunicación con las ideas, con el ser luminiscente y siempre bello. Las sombras caen hacia adentro, en la carne propia o en el cuerpo político, mientras que la filosofía es un hilo de luz exterior a la verdadera vida.

Quien se haya sumergido, aunque sea por un instante en ese torrente luminoso en que se bañan las ideas, no dejará ya de mirar con dolor y de sentir piedad por aquellos hombres que aun permanecen en el fondo de la caverna privados del más alto bien.

Aparece aquí un segundo punto muy importante de

la teoría platónica, que complementa la idea del amor y de la filosofía —o sea la preparación para la muerte— que se quedó incompleta en el Banquete. Amar es engendrar en belleza se dice en este diálogo, y también filosofar. Por lo cual tendremos que compaginar el momento de la generación, esto es, del nacimiento y de la muerte —lo perecedero— con la idea de la belleza y del bien. Es el filósofo, como amante, el que tiende entre ambos mundos un puente de comunicación. No se olvide que Platón impuso al que se manumitió de sus cadenas, la obligación de descender de nuevo a la caverna a enseñar el camino de la luz a sus hermanos de cautiverio. Por último, conste que no entrevió otro remedio para los males de la sociedad política, sino el que los "Filósofos fuesen reyes o que los reyes fuesen filósofos."

Mediante estas alusiones al cuerpo de la doctrina platónica aparecerá menos sombrío el desenlace de la filosofía en la muerte —como fue pensado por Sócrates— y mucho menos puritano el acto de ejecutar la sentencia por su mano en beneficio de las leyes atenienses. Esto es, que a nuestro ver con ello dramatiza lo que es el carácter de la filosofía: un acto de amor hacia los hombres, a sí mismo también, no por ellos mismos, sino para la fecundación o generación en la belleza, es decir para un "orden del amor", que no nace del puro sentimiento, (de las razones del corazón) sino de la entrega misma, de esa manera crea su propia ley. Lo que el cristianismo entenderá posteriormente por caridad.

En lo que Sócrates se mantiene aún dentro de lo puramente helénico, es en el acto de vincular la entrega personal de su vida al amor por la ciudad mejor que por el hombre mismo. Pero esta es una última imitación que proviene de aquella tendencia, no superada del todo, a sentirse plenamente individuo sólo en el cuerpo o en comunidad ciudadana.

Queda todavía por aclarar, después de considerar la razón de Epicuro y el drama Socrático, en qué sentido

podemos hablar de una experiencia de la muerte y de una idea que no haga las veces de un mero resumen sensible de aquella, sino que permita establecer una comprensión de la vida humana que tenga significación real.

Ciertas experiencias no muy frecuentes pero particularmente intensas en la edad juvenil, nos deparan un acontecimiento insólito: el hecho de la soledad, de una radical pobreza y miseria de nuestro ser. Es un instante, como un relámpago, en el cual se nos muestra una hondura que nos hace retroceder. Viene además esta experiencia condicionada a un movimiento de reflujo: primero, secretos oleajes empujan nuestra percepción más allá de las propias fronteras, se presiente la cercanía de una especie de madurez en que se tocan los bordes de la vida, el espíritu es alzado en vilo a un círculo de atracción donde una simpatía universal desborda el regazo de nuestros afanes íntimos; la carne se vence a un dolor que no es el suyo propio.

Cuando vuelve la corriente a su primitiva estancia y refluye de nuevo hacia nosotros a contenerse en la gravedad de nuestra sensibilidad, nos depara una especie de caída o de descenso con una impresión de vértigo, en el cual nada queda a nuestro alrededor si no es nuestra soledad y completo desamparo. Se experimenta la vida, en este hueco del reflujo, como una frustración, es decir, como una visión relampagueante de la muerte. Y sólo a esta experiencia, más o menos acentuada según la individualidad humana de que se trate, corresponde una idea adecuada del ser o vida mortal.

Otra cosa es la transportación de esta experiencia en una esperanza de inmortalidad. Esta última no sale por sí y necesariamente de aquella, sino que apenas le ofrece ese acontecimiento una oportunidad para afirmarse y crecer, pero también puede suceder que no prospere jamás esta nueva luz. Es el caso de Epicuro o de Séneca que traducen dicha experiencia a un sentimiento de resignación a la cual superponen el heroísmo de una muerte libre como virtud humana.

Que esto es así, o sea, que hay un saber particular de la muerte como elemento integrante de la vida y simultáneo con la comprensión de ésta, lo revelan ciertos fenómenos, además de la experiencia antes relatada, como el que se suscita entre hombres que viven una amenaza inminente de muerte, como es el caso de una población sitiada por la peste o por la guerra.

En estas ocasiones se produce un espejismo que confirma el aserto: consiste en que la idea de la muerte se sustituye por la de la vida que, aun en sus quehaceres cotidianos, toma un aire de cinismo y sensualidad con el cual pretende escapar a la idea obsesionante. En el fondo, la vida se hace heroica tratando de apurarse a sí misma, con toda la intensidad y gozo que puedan dar los sentidos, en desaforada carrera de competencia con la muerte: el goce profundo de la vida que quiere agotar sus límites extremos con el oscuro presentimiento de que sus propios caminos giran, se encurvan sobre el punto del acabamiento. Un arco restirado, tenso, por donde brinca silbante y veloz la vida misma a su fin.

Pero no solamente en estos fenómenos psicológicos se dá una idea de la muerte. Es que sin recurrir a ella, así mismo, no pueden entenderse ciertos hechos objetivos, como la escultura griega o de cualquier otro tiempo, digamos, o el arte gótico. En la base de aquella está el sentimiento pagano de la muerte como límite corporal, como frontera plástica del cuerpo humano, común origen también de la tragedia. Así como en la arquitectura medioeval se representa el sentimiento cristiano: reunión y cita de una comunidad de almas que se alzan por encima del círculo de la vida.

En cualesquiera de sus formas, sin embargo, la experiencia de la muerte va acompañada del sentimiento de la soledad. Y mientras más alto se eleva el hombre por sus méritos, más solitario y duro es su destino final. En vano querrá eludir nadie con razones este dolor agobiante, que en lo común del mundo sólo se apacigua,

pero no se vence con una existencia viva, alegre y enérgica que haya tocado en lo humano sus propios límites.

No hay más superación de la muerte que este acto de entrega, bien como esencial amor a los hombres, a la manera de Sócrates, de confianza en su bondad y perfección, humanismo filosófico en su más puro sentido; o aquel otro acto de amor que traspasa los muros de la ciudad y rinde su vida por el hombre mismo, en una pasión que es absoluta caridad.

ARMAS Y LETRAS. No. 4. Año IV.
Monterrey, N. L., abril de 1947.